

# 1

Reconozco que mi primera intención, nada más despertarme, ha sido llamar a Laura para deshacer todo este entuerto y poder darle las explicaciones oportunas, confiando en que resulten lo suficientemente creíbles. Pero después, tras meditarlo mejor, he visto conveniente esperar un poco más. Estoy convencido de que, al final, va a ser ella quien tome la iniciativa; así que prefiero no precipitarme y esperar su llamada. Consulto el whatsapp para ver cuándo se conectó por última vez y compruebo, para mi decepción, que ha desactivado las confirmaciones de lectura.

Aún no me he tomado el primer café, ese que te despereza, el que te invita a reflexionar con más calma para poder analizar los acontecimientos con lucidez, y ya estoy devanándome los sesos intentando adivinar dónde habrá cenado y con quién, y a qué hora se habrá acostado. Es posible que ahora mismo ella se encuentre tan inquieta como lo estoy yo. Estoy seguro de que desea ponerse en contacto conmigo para volver a empezar, olvidando todo y partiendo de cero, como si nada hubiese ocurrido entre nosotros. No me cabe duda de que va a llamarme; y ese pensamiento me emociona, haciéndome concebir la esperanza de que, en breve, va a sonar el teléfono. Pero, al instante, mi fantasía se torna ácida, y comienza a invadirme la incertidumbre. Puede que me esté precipitando en mis conclusiones, y no puedo descartar que ya esté disfrutando de una nueva vida en la que yo no tengo cabida.

Desde la ducha escucho el sonido del móvil y salgo de forma apresurada, a trompicones y sin tiempo para secarme, en la

certeza de que es ella quien está al otro lado del teléfono; pero, al ver la llamada entrante de Gabriel, maldigo mi ímpetu y mi ingenuidad.

—Dime, Gabriel.

—Buenos días. ¿Puedes hablar, Enrique?

—Estaba en la ducha —vuelvo al cuarto de baño decepcionado, con cuidado de no resbalar; pongo el altavoz y dejo el móvil sobre el mármol del lavabo—; pero no te preocupes, que te escucho.

—Enrique, perdona si te pillo en mal momento, pero yo también tengo prisa, así que abrevio. Me acaban de pedir que te dé la venia —escucho a sus hijos de fondo, peleándose en el asiento trasero del vehículo todoterreno—. Es por el asunto de Carlos Zafra. Ayer por la tarde lo asistí en la comisaría de policía, y me acaba de llamar Andrés, su padre, para decirme que quiere que seas tú quien se haga cargo de la defensa.

Uno de los niños empieza a llorar desconsoladamente, y pienso que sería mejor posponer la conversación; pero se ve que mi compañero, acostumbrado ya a ese llanto, no se inmuta por el trajín en el asiento trasero de su vehículo y continúa hablándome como si no pasara nada.

—Me llamaron del turno de oficio para asistirlo en la comisaría, pero yo ya imaginé que el asunto era tuyo en cuanto vi de quién se trataba.

—Te agradezco la gestión, Gabriel; he estado desconectado todo el fin de semana, pero ya me he enterado. ¿Cuándo lo presentan? ¿Te lo han dicho ya?

—Creo que esta tarde, a las cinco, pero puede que se adelante al mediodía.

—De acuerdo. ¿Y dijo algo? Espero que no haya metido la pata.

—Nada de nada; puedes estar tranquilo —la conversación se entrecorta, y supongo que debe estar pasando por los túneles de la autovía—. Pero no creas, que mi trabajo me costó frenarlo.

Estaba dispuesto a cantar La Traviatta, relatando hasta el más mínimo detalle de lo que hizo y lo que dejó de hacer. ¿No te ha llamado todavía el padre?

—Tengo cinco llamadas tuyas perdidas. Supongo que ya estará en el despacho esperándome. Por cierto, ¿vas a la playa este fin de semana? ¿Te apetece que quedemos?

—Claro, Enrique. Ya hablamos y quedamos para comer. Mira, perdona, pero te tengo que dejar, que la circunvalación está atascada y voy a salirme por el primer desvío que pueda. Y felicidades atrasadas, que se me pasó llamarte. Dicen que los cincuenta son los mejores, así que no te deprimas. Un abrazo, Enrique. Ya hablamos.

Me gusta afeitarme con cuchilla, porque ese ritual diario me permite reflexionar. Si uso la maquinilla eléctrica comienzo la mañana con la sensación de ir acelerado, y ayer hice propósito de enmienda. Así que, desde hoy mismo, estoy dispuesto a disfrutar de todos los momentos que me regale el día, aunque se trate de un simple rasurado. Me agrada escuchar el sonido del acero raspando la piel de mi rostro, y ver cómo desaparece la espuma con cada pasada, provocando que surja en el espejo el reflejo de un rostro nuevo y distinto. Irritado y enrojecido, pero distinto. Agradezco comprobar que el cumpleaños, de momento, no ha modificado mi aspecto. Sigo conservando el cabello, y eso ya es un éxito entre los de mi quinta. Quizás un poco más canoso, eso sí; pero, al menos, he conseguido que se mantenga intacto. Aunque no tengo motivos para quejarme de mi físico, este cumpleaños me he propuesto hacer todo lo posible para no dejarme sucumbir por la desidia. Mientras no luzca la barriga del cincuentón y conserve el porte, ya puedo darme por satisfecho.

Mi despacho está en la Gran Vía, en la tercera planta de un edificio señorial, y puedo permitirme el lujo de ir andando todos los días, ya que se encuentra a escasos veinte minutos de mi casa. Me relaja caminar hasta la oficina porque, con ese corto paseo, le tomo el pulso a la gente de Granada. Observo a los viandantes que deambulan por las calles del centro, aprovechando el frescor

de las mañanas de septiembre, y me entretengo pensando hacia dónde se dirigirán. Escudriño sus rostros y me distraigo imaginando sus posibles oficios. Vislumbro tras sus semblantes variopintas ocupaciones, y eso provoca que me cruce a diario con supuestos oficinistas, comerciantes, catedráticos y jubilados. No sé si lo serán, pero a mí me lo parecen. Algunas caras me resultan familiares, y estoy tentado de saludarlos como si los conociera de siempre, porque los veo todos los días y a la misma hora.

—¿El periódico, don Enrique?

—Sí. Y me das también un paquete de chicles. Mejor dame dos. ¿Todo bien, Armando?

El joven quiosquero se encoge de hombros y hace una mueca de hastío mientras busca céntimos para el cambio. Cojo las monedas y no las cuento, porque estoy más pendiente del titular de la portada que del sobrante:

“EL DETENIDO POR EL HOMICIDIO DE LA CALLE  
SÓCRATES PASA HOY A DISPOSICIÓN JUDICIAL. SE  
TRATA DE CARLOS Z. M., HIJO DE UN CONOCIDO  
CONSTRUCTOR GRANADINO”.

Debo suponer que, desde hoy, cuatro de septiembre de dos mil diecisiete, mi asunto ya no tendrá número de diligencias. A partir de ahora, todos lo conocerán por esa indiscutible referencia: el homicidio de la calle Sócrates.

Antes de llegar al despacho me detengo para tomar un café en una concurrida calle peatonal próxima al Palacio de la Real Chancillería, el majestuoso edificio que alberga la sede del Tribunal Superior de Justicia. Mientras espero a que me atienda el camarero ojeo las primeras páginas del diario local, aunque prefiero no prestar demasiada atención a los detalles. Hasta que no tenga conocimiento directo de las diligencias prefiero no contaminarme con los pormenores más escabrosos. En la barra de la cafetería sigo viendo caras conocidas, y los saludo asintiendo con la cabeza mientras esbozo una forzada sonrisa. Allí se juntan

todas las mañanas compañeros de profesión que consultan con avidez el teléfono móvil, funcionarios de los organismos públicos cercanos al establecimiento y jubilados despreocupados que desayunan sin prisa. También veo a un grupo de extranjeros, sentados junto al ventanal, cargados de bolsas de viaje y cámaras de fotos. Pasan el dedo sobre enormes mapas de la ciudad que han desplegado sobre la mesa, intentando localizar sitios y monumentos que se encuentran a escasos metros de la cafetería. Aprovecho para mirar el móvil y, para mi desdicha, sigo sin recibir mensajes de Laura y sin saber si está o no conectada.

Para llegar al despacho tengo que pasar por la puerta de la entidad bancaria donde trabaja Laura como directora. Desde la calle no se aprecia bien el interior de la oficina y es difícil que ella me vea, pero intento caminar rápido para evitarla. Si quiere hablar conmigo, no me apetece que lo haga con motivo de un encuentro fortuito. No me cabe duda de que, antes o después, tendremos que conversar, pero no quiero que sea por una simple casualidad.

Andrés Zafra me espera en el portal del edificio, y lo noto envejecido. Se le ve nervioso, enfundado en una chaqueta que le viene algo ancha y evidencia su enjuta figura. Andrés se atusa el bigote, apura un cigarrillo con inquietud y mira el reloj de forma compulsiva.

—Lo siento, Andrés. Me imagino tu preocupación —le doy mi mano, y siento en la suya languidez y desasosiego—. Pasa, por favor, vamos a subir y hablamos con tranquilidad.

Andrés no me contesta. Se limita a cederme el paso para que entre yo primero y no discuto su deferencia. Al llegar al despacho le invito a que se siente, pero se dirige al ventanal que da a la Gran Vía, haciendo como que mira el tráfico. Antes del verano llevaba sus setenta con vitalidad y energía, pero hoy tengo la sensación de estar ante un anciano de rostro ajado. Permanece en silencio, absorto, hasta que yo comienzo a hablarle.

—Mira, Andrés, esto hay que tomárselo con calma. Ahora mismo no podemos hacer absolutamente nada y es inútil lamen-

tarse —lo invito nuevamente a que tome asiento en uno de los sillones de visita y me acomodo junto a él—. El letrado que asistió a tu hijo en la comisaría ya me ha dicho que se acogió a su derecho a no declarar, y es lo mejor que ha podido hacer. Esta tarde me entrevistaré con Carlos antes de que lo pasen al juez de guardia, y ya por la noche podremos hablar con mayor conocimiento de causa.

Mi interlocutor se muestra distante y parece ausente, como si no me escuchara.

—¿Qué es lo que he hecho mal, Enrique? —Saca la cajetilla de tabaco del bolsillo interior de su chaqueta; enciende otro cigarro y mira fijamente los cuadros que adornan mi despacho, exhalando una calada profunda—. ¿Me puedes decir qué cojones es lo que he hecho mal?

No sé hacia dónde pretende llevarme Andrés, y prefiero guardar silencio.

—Enrique, a mí nadie me ha regalado lo que tengo. Llevo desde los catorce años trabajando de sol a sol, y he levantado un imperio de la nada; les he dado a mis hijos todo aquello que yo nunca he tenido, los mejores colegios, la mejor educación, los coches más caros...

—Espera, Andrés, detente un segundo; no es momento ahora de lamentarse, sino de solucionar los problemas a medida que vayan surgiendo —intento que se relaje, pero sigue ausente y no me escucha.

—... las mejores casas, la comida más selecta. Todo, Enrique. Les he dado todo. Porque, por pagar, le he pagado al niño hasta las putas. ¿Y así me lo devuelven? La una, en la India, en una oenegé de mierda, malviviendo como una pordiosera, como si aquí no hubiera necesitados, como si no se pudiese colaborar de otra forma más digna...

—Andrés, escúchame un momento, por favor.

—... y el otro, míralo, mira dónde está ahora. En la comisaría, detenido como un chorizo, arrastrando mi nombre por el suelo —aplata con rabia el cigarro en el cenicero y, antes de que se apague, ya está encendiendo otro de forma compulsiva—. Ahora, cuando la gente vea mis carteles, los que engalanan toda la ciudad, ya no leerán “Zafra Inmobiliaria”, porque, en realidad, estarán leyendo la frase “Zafra criminal”.

Decido no interrumpirlo hasta que se desahogue del todo. En el estado en que se encuentra, ignorará cualquier cosa que yo pueda decirle, por lo que me acomodo en el sillón, y espero a que llegue mi turno. Andrés exhala otra profunda calada, permanece un instante en silencio, y me vuelve a sorprender con su comentario.

—Vamos a ver, Enrique, vamos a hablar en serio. ¿Esto cuánto cuesta?

—¿Perdona? ¿A qué te refieres, Andrés?

—A lo del niño. Dime cuánto dinero hace falta y lo busco donde sea. Ahora mismo llamo al banco —Andrés saca el teléfono móvil de su chaqueta y empieza a buscar con avidez un contacto, sin poder acertar con el nombre correcto por el nerviosismo y la rudeza de sus manos—. Será por dinero, joder, será por dinero... Dímelo, Enrique; dime ahora mismo una cantidad...

—Andrés, cálmate.

—... que no hay nada en este mundo que no pueda pagar un Zafra. Que no, hombre; que no.

En ese instante, hablando de dinero, su cara se transforma y deja relucir su falta de estilo y su trasfondo de medio pelo. Andrés es un trabajador incansable y noble, pero no deja de ser un nuevo rico que se vanagloria de codearse con lo más selecto de Granada.

Pienso que ha llegado el momento de intervenir. Extiendo la mano y, sin decirle nada, le exijo que me dé el teléfono. Andrés duda, mira la pantalla y me lo entrega. Pongo el móvil sobre la mesa, boca abajo, y le pido que se acomode. Andrés resopla, se

echa hacia atrás y apoya la cabeza en el respaldo del sillón orejero, sabedor de que tiene que escucharme. Enciende otro cigarrillo sin haber consumido el anterior y me mira para intentar comprender lo que quiero decirle.

—Olvídate del dinero, Andrés.

—¿Qué quieres decirme? —me pregunta extrañado y con un punto arrogante—. ¿Que mi dinero no arregla esto?

—No, Andrés. Esto no lo arregla tu dinero. Ni el tuyo ni el de nadie. Las cosas no funcionan así.

—Pero, Enrique, otras veces...

—Otras veces. Tú mismo lo has dicho. Pero ahora es todo distinto. Tu dinero te ha librado de un delito fiscal y de los impagos de la pensión a tu exmujer. También nos ha servido para cerrar la boca de muchas personas que te podían haber sentado en el banquillo de los acusados en más de una ocasión. Pero esto es muy diferente, Andrés. Ahora mismo, de bien poco te sirve tu cuenta corriente.

Permanece en silencio, aturdido. No está acostumbrado a que le digan en su propia cara que su dinero, el patrimonio de un Zafra, no siempre tiene el valor que representa.

Le pido que me narre los pormenores que él conoce y que aún no han trascendido; y, tras escuchar su relato, le explico los pasos que se van a seguir, poniéndolo en el peor de los escenarios. Sin estar al tanto del contenido del atestado, intuyo que se va a acordar la prisión provisional para su hijo, pero intento transmitirle calma. Y, sobre todo, paciencia. Quedo en llamarlo por la tarde, cuando se resuelva la situación personal en la que quedará Carlos tras pasar por el juzgado de guardia.

Andrés abandona el despacho compungido. No le ha gustado mi pesimismo, pero yo sé que confía plenamente en mí. Antes de salir se gira nuevamente.

—¿Crees que la vida de la otra chica corre peligro, Enrique?

—No lo sé, Andrés. Ahora mismo solo cabe esperar.

Yolanda, la pasante, lo acompaña hasta la salida. Le da una tarjeta de visita con los nuevos teléfonos y el email del bufete y lo despide, intentando transmitirle ánimo. La escucho caminar por el largo pasillo, repiqueteando sus tacones sobre la tarima de madera. Al pasar por la puerta de mi despacho, se detiene un instante en el umbral, embutida en una falda de tubo que realza su figura. Me sonrío, e intuyo que pretende decirme algo, pero no se decide a hablar. No nos veíamos desde primeros de agosto, y es posible que quiera decirme algo personal. Atusa su media melena, azabache y ondulada, ponderando si debe entrar o no. Finalmente, desiste; me vuelve a sonreír, cierra la puerta de mi despacho y se marcha para continuar con su trabajo. Vuelvo a mirar la pantalla del móvil, pero sigo sin recibir ningún mensaje de Laura.

Me agrada caminar por el bulevar, el extenso paseo peatonal que conecta el centro histórico con el distrito donde se concentran los actuales edificios administrativos y sanitarios, así como las nuevas sedes judiciales. El bulevar de la avenida es un lugar espacioso y concurrido, delimitado por frondosas jardineras repletas de flores, plantas y árboles que inundan de color la primavera granadina y que después, ya pasado el verano, anuncian la llegada del otoño depositando sus hojas sobre el pavimento.

El inicio del paseo lo preside una efigie de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán de los ejércitos de Castilla y Aragón, una escultura de rostro sentencioso y mirada penetrante que transmite sensación de indemnidad a los transeúntes. Y en uno de los laterales del bulevar se exponen otras nueve esculturas en bronce de insignes granadinos. Son figuras de tamaño real que muestran a ilustres personajes en actitud sosegada, sentados en un banco o subidos sobre un pedestal, y exentos de la solemnidad y grandeza que les sería propia. Observo con detenimiento la quietud de la poetisa Elena Martín Vivaldi, la mirada de placidez del compositor Manuel de Falla y el porte valeroso del torero Frascuelo. Me agrada imaginar supuestas conversaciones

con ellos, prestando atención a los sabios consejos que puedan provenir de sus inertes labios, pero no es posible escucharlos. Desearía que el escritor Pedro Antonio de Alarcón levantase la mirada del libro que sostiene entre sus manos, y que me hablase de Italia, de Noruega y de las Alpujarras; o que Federico García Lorca descruzase las piernas, se pusiese en pie y me acompañara mientras camino, relatándome al oído los ocultos secretos de aquellos que lo traicionaron y desvelándome el recóndito lugar en el que yacen sus restos.

Al llegar al final de la avenida ya se ve un nutrido grupo de reporteros y periodistas congregados frente a la puerta de los juzgados, y varias furgonetas preparadas para transmitir la señal televisiva. Los reporteros están más que acostumbrados a la dinámica judicial, por lo que se han situado de forma estratégica en la escalinata que hay frente a la puerta principal. Desde su improvisada atalaya periodística es imposible que alguien pueda entrar o salir del edificio sin ser visto. Una de las reporteras me ve llegar desde lejos y se separa del grupo. Se acerca hasta donde me encuentro, intentando disimular para no levantar sospechas entre sus compañeros, y me asalta sin contemplaciones.

—¿Te vas a hacer cargo de la defensa, Enrique? ¿O vienes como acusación?

Sonríó amablemente y no le contesto. Es pronto para hacer valoraciones de un asunto que desconozco y prefiero no decirle nada a la joven periodista para evitar la siguiente pregunta.

—¿Desde qué hora lleváis aquí, Mireia? —Saco un chicle de la cajetilla y le ofrezco otro a ella, pero declina la invitación—. Hace demasiado calor para estar en la calle.

Mireia asiente, hace un gesto de desesperación y se mete las manos en los bolsillos del pantalón.

—Desde las once y media. Pensábamos que lo iban a presentar a media mañana, pero no lo han traído. Luego dijeron que lo presentarían a las cuatro; pero ya son las cinco y seguimos igual. Pero dime, Enrique, ¿vienes de acusación o de defensa?

—¿Y si no vengo de nada? ¿Y si vengo a cualquier otro asunto?  
¿Tan extraño te resultaría?

Mireia me sonrío, observa el móvil y se gira para dirigirse junto a sus compañeros a la escalinata de vigilancia. Antes de marcharse se acerca a mí y me susurra al oído lo que yo intentaba ocultarle.

—De defensa, Enrique. Esta vez vienes por la defensa. Se te nota en la cara.

En ese instante se acerca un furgón policial por la calle adyacente, sin emitir señales acústicas ni luminosas, y los fotógrafos se desplazan a toda velocidad hacia la rampa de entrada de vehículos. Compruebo que alguno de los reporteros duda antes de acercarse, pensando que puede perder una instantánea si alguien entra por la otra puerta. Finalmente, se decide y marcha a la carrera junto al resto de compañeros para captar la imagen del vehículo policial bajando por la rampa. Esa estampida me permite acceder por la entrada principal sin necesidad de que otro periodista me reconozca y me asalte con preguntas que, de momento, no soy capaz de responder.

No necesito pasar por el arco de seguridad para acceder al vestíbulo del edificio, pues los guardias civiles me conocen sobradamente. Les doy las buenas tardes y me devuelven el saludo con cortesía. Siempre me ha llamado la atención el hecho de que, aunque sean agentes nuevos, nunca me detienen al entrar, ni me invitan a pasar por el arco de seguridad. Parece como si aquellos que cesan en el puesto de vigilancia dejasen un listado de todas las personas que, forzosamente, tienen que fichar. Y se ve que en esa lista yo no aparezco.

Al pasar al juzgado de guardia, el funcionario de auxilio judicial me identifica al instante.

—¿Vienes por lo del homicidio, Enrique? —en ese momento se encuentra cerrando sobres con notificaciones y me habla sin levantar la mirada de la mesa—. ¿Quieres hablar con la jueza?

—Me gustaría, si puede ser.

—Pues pasa, que ahora no hay nadie —el funcionario me hace un gesto con la cabeza para que entre en el despacho y descuelga el teléfono para atender una llamada; se coloca el auricular sobre el hombro para poder hablar sin dejar de cerrar sobres y se desentiende de mí.

La magistrada se encuentra minutando un expediente con uno de los funcionarios del juzgado, y no se da cuenta de que aguardo en la puerta de entrada al despacho, por lo que intento llamar su atención.

—¿Da permiso su señoría?

En cuanto me ve, me mira impertérrita; da un par de instrucciones más al funcionario y le pide que se retire.

—Pase, letrado. Y cierre la puerta, por favor.

La magistrada espera a que salga el funcionario sin decir nada. En cuanto cierro la puerta se levanta de su sillón, se acerca hasta mí y me planta dos besos cariñosos, uno en cada mejilla.

—Qué bien te veo, Enrique.

—Y yo a ti, Julia. Estás mejor que nunca.

Me sonrío, agradece el halago y me invita a que me siente. Sobre la mesa del juez de guardia no hay fotografías que personalicen el despacho, pues cada día lo ocupa un magistrado distinto. Si fuera el suyo, el personal, lo tendría repleto de fotos familiares de su marido y sus hijos, luciendo bella y elegante.

Julia y yo nos conocimos siendo compañeros de oposición a la carrera judicial, pues a los dos nos preparaba el mismo magistrado. A mí me resultaba fácil memorizar los temas, y los exponía con claridad y fluidez. Estoy seguro de que, antes o después, habría aprobado sin excesiva dificultad, pero me faltaba una cualidad importante para poder continuar opositando: la serenidad. Me sentía encorsetado con aquella rutina de opositor y me angustiaba convivir con un temario tan cerrado y estricto, por lo que acabé dedicándole más tiempo a lo que verdaderamente me apasionaba, al derecho penal y al procesal, prestando escasa

atención a otras materias que, por tediosas, no me interesaban. Finalmente, acabé dejando la oposición. Si aguanté dos años en aquella inercia opositora, fue exclusivamente por Julia; habíamos comenzado como compañeros, pero acabamos siendo pareja.

A mi preparador le sentó francamente mal que abandonara el estudio; casi tanto como a mi familia. Me aconsejó que continuara, diciéndome que tenía madera suficiente para aguantar y poder aprobar en un plazo razonable, pero comprendió mis fundados motivos. En lugar de olvidarse de mí, me puso en contacto con uno de los despachos penalistas de más renombre de Granada para poder dar rienda suelta a mi intuición y mis conocimientos. Allí comencé a ejercer como pasante hasta que, a los diez años, ya había alcanzado el suficiente prestigio como para poder independizarme y establecerme en mi propio despacho. En cuanto conocí la profesión de letrado me olvidé de mi pretensión de ser juez, pero me costó algo más de tiempo dejar de pensar en Julia. Cuando aprobó la oposición se marchó de la ciudad, conoció a su actual pareja en la escuela judicial de Madrid y se enfrió nuestra relación. El tiempo, como suele ocurrir siempre, hizo el resto.

Ahora, mirando a Julia, recuerdo los buenos momentos que pasamos juntos, y me cuesta concentrarme en los motivos que justifican mi presencia en su despacho. Me gustaría que nuestra relación fuese más normal, pero ella se empeña en ocultar a todos que fuimos pareja.

—Supongo que vienes por Carlos Zafra.

—Supones bien, Julia —intento centrarme en el asunto y dejar de lado nuestra antigua relación, pero me sigue costando trabajo olvidar aquella época tan feliz de mi vida—. Desconozco los detalles, porque me han encomendado la defensa esta mañana, así que voy a pedir copia del expediente.

—No puedes —me contesta con tono cortante—. Acabo de declarar el secreto de las actuaciones.

—Ya me imagino. Y presumo...

—Presumes bien; no voy a decirte nada —concluye, mostrando su mejor versión de magistrada incorruptible—. Ahora, mientras declara, podrás ir enterándote de los pormenores a medida que yo vaya preguntándole, pero no puedo adelantarte detalles. Ya están preparando la sala de vistas para grabar la declaración.

—No hace falta que preparéis la sala, Julia. No va a declarar nada —le indico, mientras silencio el teléfono móvil para evitar que me interrumpen.

La magistrada me observa detenidamente, intentando adivinar mi estrategia; y yo no puedo evitar fijarme en sus labios, recordando una feliz época ya pasada.

—¿Y eso, Enrique? ¿Tu cliente no quiere declarar?

—Él sí quiere dar su versión. Supongo que, como todos, estará deseando contar hasta el más mínimo detalle. Soy yo quien no quiere que lo haga.

La magistrada evita seguir esa conversación, pues no desea entrar en pormenores que no le incumben.

—En ese caso, letrado, espero que tengas suerte con este asunto, aunque lo tienes complicado. Yo, como ya sabes, no lo voy a instruir, porque la competencia es de alguno de los juzgados de violencia sobre la mujer. ¿Vas a hablar con el fiscal de guardia?

—¿Para qué? ¿Acaso ves factible que el fiscal solicite algo que no sea la prisión provisional?

—Me temo que no, Enrique —me contesta, negando con la cabeza y dándome a entender que ella va a acordar la prisión de mi cliente.

—Pues, en ese caso, me ahorro la visita a la fiscalía. Por cierto, he leído que la otra chica continúa en el hospital —insisto nuevamente, intentando sonsacarle alguna información que me sea útil.

La magistrada se lo piensa antes de responderme. No quiere develar datos que pertenecen al secreto de las actuaciones, y me contesta de forma escueta.

—Sí; según dicen, su vida no corre peligro.

—Me alegro por ella y por mi cliente. Gracias, Julia; ahora te veo.

La magistrada se levanta del sillón y da por finalizada la visita, dándome dos besos de despedida. Al besarme, deja en mis mejillas el rastro de un perfume evocador.

La oficina judicial está inusualmente tranquila, como la tensa calma que precede a una tempestad. De los siete puestos de tramitadores y gestores, tan solo hay ocupados tres de ellos. En una de las mesas, un funcionario atiende a una mujer de la zona norte de la ciudad, de edad indeterminada, pelo rubio teñido y chándal rosa, que solicita información para poder ingresar a su hijo en un centro de deshabitación. El tramitador, con estoica paciencia, le informa de que eso no es tan fácil, e intenta hacerle comprender que lo que tiene que hacer es denunciarlo, en el supuesto de que haya hecho algo. Le aconseja que vaya a la comisaría para formalizar allí la denuncia, y que ellos tramitarán la causa como diligencias urgentes, pero la mujer habla por los codos, no atiende a lo que le dice y comienza a narrarle el infierno que está viviendo en su domicilio a causa de las drogas. El funcionario la escucha, paciente, pensando que antes o después la mujer entrará en razón; pero, lejos de relajarse, comienza a enervarse y a levantar la voz, diciendo que ella paga sus impuestos y que nadie le hace caso. Al escuchar de boca del funcionario que puede solicitar una orden de alejamiento, la mujer le increpa con desaire, a voces, diciéndole que cómo va a echar a su hijo de la casa, que dónde va a vivir el niño. Los guardias civiles de puertas, al escuchar el alboroto, se dirigen hasta la sala e invitan a la mujer a que abandone el edificio, lo que realiza oponiendo cierta resistencia y profiriendo por su boca variopintas y torpes imprecaciones que todos los asistentes preferimos ignorar.

La funcionaria encargada de las diligencias de Carlos Zafra registra en el sistema informático todos los datos del asunto, consignando el nombre de los intervinientes, mirándome de reojo y poniendo el expediente boca abajo para que no lo vea; como si yo, con una fugaz mirada, pudiese adivinar el contenido del atestado. Me da la sensación de que la funcionaria se toma demasiado en serio el secreto de las actuaciones; con más celo, si cabe, que la propia magistrada.

—Necesito hablar con mi cliente antes de que empiece la declaración. ¿Dónde lo hago?

—Pues baja a calabozos. Eso es lo que hacen todos.

—Sí, lo sé, pero prefiero hacerlo aquí, antes de que pase.

La tramitadora me mira extrañada, se encoge de hombros y continúa rellenando el formulario de la declaración.

En ese momento, uno de los policías accede a la sala por la puerta trasera, proveniente de los calabozos situados en los sótanos del edificio, y pregunta dónde deben presentar al detenido. La funcionaria le indica que se esperen en la puerta porque quiero entrevistarme con mi cliente antes de que declare, y el agente me pide que lo acompañe. Al salir de la sala, me encuentro en el rellano con Carlos Zafra, esposado, custodiado por dos policías.

—Carlos, soy Enrique Granados, tu letrado. Me ha designado tu padre para que me haga cargo de tu defensa. Supongo que estás conforme con la elección.

Mi cliente parece estar ausente; afirma levemente con la cabeza, dándome su consentimiento, y les pido a los policías que nos permitan retirarnos unos metros para poder hablar con un poco de confidencialidad. Al verlo así, rendido y cabizbajo, me cuesta trabajo hacerme a la idea de que estoy frente a un director de banco. No debe tener más de treinta y cinco años, e intenta mantenerse refinado pese a lo indigno de la situación. Viste ropa de marca, tiene buena presencia y se aleja bastante del perfil habitual de los detenidos que estoy acostumbrado a ver.

—Carlos, lo primero de todo, debo pedirte que conserves la calma. ¿Has dicho algo? ¿Has hablado del asunto con alguien?

—No, no he dicho nada —intenta gesticular con las manos, pero los grilletes se lo impiden. Se arregla el cabello con dificultad y continúa hablándome—. El otro letrado, el que me asistió en la comisaría, me pidió que guardara silencio, pero yo quiero hablar, Enrique.

Tal y como me imaginaba, mi cliente novato está deseando meterse en un enredo jurídico de imprevisibles consecuencias. Los delincuentes habituales saben latín, y conocen perfectamente lo que tienen que decir y lo que no. Ellos ya saben cuándo tienen que hablar y en qué momento deben guardar silencio, y son capaces de hablar con maestría acerca de complejas cuestiones jurídicas que han aprendido durante sus estancias carcelarias, tales como cancelación de antecedentes, refundiciones de condenas y procedencia de aplicación del triple de la pena mayor. Pero, a todas luces, ese no es el caso de Carlos Zafra.

—Yo puedo explicarlo todo, Enrique, y estoy convencido de que el juez me escuchará y comprenderá mis motivos. Por eso necesito hablar.

—No, Carlos. No vas a hablar, al menos hoy. Tus motivos ya me los contarás a mí cuando llegue el momento, pero ahora no — Carlos asiente, pero me mira con extrañeza—. Escúchame con atención; los hechos que te imputan son muy graves. Una de las chicas, Claudia, ha muerto; y la otra sigue en el hospital.

—¿Ana sigue viva? —me mira fijamente esperando una respuesta, y no sé descifrar si tras esa mirada se esconde esperanza o fracaso.

—Sí. Tu novia sigue viva. Y espero que así continúe, por tu bien. Te ruego que me escuches con serenidad —Carlos resopla, agacha la cabeza y vuelve a asentir con resignación—. Cuando te pregunten si quieres responder a las preguntas que te hagan, tú dices que no, que te acoges a tu derecho a no declarar. En ese caso, ya no podrán formularte ninguna otra pregunta. Acto seguido

se celebrará una comparecencia en la que el fiscal, seguramente, solicitará la prisión provisional. Yo pediré tu libertad bajo fianza, pero las posibilidades de que te la concedan son escasas. Cuando acabe esa comparecencia te preguntarán si quieres añadir algo, y tú vuelves a decir que no. ¿Me has comprendido?

—Sí, Enrique. Pero, ¿cuándo volveré a verte? Tengo que hablar contigo.

—Después de la declaración hablaremos, Carlos. Mañana te pondrán a disposición de uno de los juzgados de violencia sobre la mujer. Tú confía en mí, y no digas nada.

Antes de dar por finalizada la entrevista, compruebo que presenta varios arañazos en la mejilla.

—¿Cómo te has hecho eso?

—Me lo hizo Claudia —contesta, llevándose los dedos a la mejilla para comprobar si sangra.

—En ese caso, voy a pedir que el médico forense te examine después de que te tome declaración la jueza. Y recuerda todo lo que te he dicho, Carlos. Ni una palabra.

Los policías se acercan hasta nosotros y conducen a Carlos hasta el interior de la sala. La magistrada espera allí, en pie, junto a la funcionaria que deberá transcribir la declaración. Como ya sabe que Carlos no va a declarar nada, ha preferido realizar el trámite fuera del despacho, en la sala donde se sientan los tramitadores del juzgado de guardia.

En poco más de diez minutos concluye el acto y se vuelven a llevar a Carlos a los calabozos, a la espera de que la magistrada dicte la correspondiente resolución. El fiscal ha pedido el ingreso en prisión provisional, comunicada y sin fianza, y ahora la jueza debe decidir lo procedente. Pero yo ya sé lo que va a resolver Julia sin necesidad de tener que esperar a que dicte el correspondiente auto. Dada la gravedad del hecho y, teniendo en cuenta que el asunto es competencia de otro juzgado, dictará auto de prisión provisional y remitirá la causa al juzgado que proceda. Así se lo

hago saber a Carlos mientras aguarda en los calabozos. Durante la espera, le pido que me cuente qué fue lo que ocurrió aquella fatídica noche, y escucho con atención su versión exculpatoria.

Decido regresar a mi despacho caminando, y pensando en el comportamiento impulsivo de mi cliente. Le ha faltado poco para meter la pata, pues estaba empeñado en hablar, pero ha seguido mis consejos y he conseguido que no declare. Respecto de la versión que me ha dado, ya tendré ocasión de verificar si es o no cierta, pues ahora mismo carezco de datos para hacer valoraciones. Miro el móvil, ya con nulas esperanzas, y compruebo que no hay llamadas perdidas de Laura ni mensajes de whatsapp.

El día ha sido demasiado intenso y no me conviene continuar con estériles rumiaciones, por lo que decido olvidarme de la llamada pendiente y guardo el teléfono en la chaqueta. Ahora pasaré por el despacho y llamaré a Andrés para ponerle al tanto de lo que ha sucedido con su hijo. Es posible que continúe allí Yolanda, mi pasante. Sinceramente, me agrada la idea de verla esta noche. Necesito un poco de conversación antes de volver a casa y, si encarta, una copa en su compañía.